

adhesión á los Borbones. Además, se alistarán en él los indiferentes y los muchísimos burgueses de ánimo apocado, que anhelan disfrutar tranquilamente de su modesta fortuna. En fin, á los ojos de la mayor parte del país, resultará como si no se hubiese cambiado de dinastía... Así es que, si vos, Montholon, estuviérais en Francia, ¿qué partido tomariais?—Silencio.—No, no, decidlo, prescindiendo de vuestro interés por mí.—Pues de seguro, Señor, que si estuviera en Francia, desearia vivir tranquilo... Por una parte, la regencia acarrearía una larga serie de turbulencias; por otra parte, tendríamos un príncipe ya conocido, que ha soltado prendas. Resueltamente, sería orleanista. —Entonces se pasó Bonaparte la mano por la frente, y repuso, tras breves minutos de reflexión:—Si yo fuese aún oficial de artillería, y el ejército tuviera voto, á Orleans diera el mío... En cuanto á mí, ya estoy muerto para el mundo; pero es mucha desgracia para Francia que mi hijo viva, pues tiene indiscutibles derechos (1)... Desde la salida del duque de Feltre, de Vaublanc y del duque de Richelieu, el rey no ha tenido ministros, sino conspiradores... A no ser por el valor de los generales Donnadieu y Canuel, hubiera estallado la gran conjura. Yo no tenía arte ni parte, pues la maquinación era puramente jacobina. Aquellos generales merecían señaladas recompensas (2), y, en vez de premiarles, se les releva y encarcela. Luego de pasado el peligro, mandaron á Lyon un agente con encargo de paralizar á los realistas, rehabilitar á los jacobinos y arrebatarse de manos de la justicia á los culpables, cuyas revelaciones hubiesen podido ser comprometedoras. Por lo demás, este hombre me traicionó, dando al olvido las riquezas y honores que prodigué en él, y muy natural era que traicionase también al rey. En seguida le mandaron dos jacobinos declarados: un... al que precedió cierto... (3). Yo conocía muy bien al primero, y jamás quise colocarle, á pesar de las reiteradas instancias

(1) «La frase *muerto para el mundo* es en él presentimiento, pero no creencia firme, pues se tiene por el único y verdadero dueño de la corona de Francia. Su preocupación constante es el partido jacobino, cuyos movimientos sigue con extraordinaria atención y repite á menudo:—Si yo volviese al poder, muy luego quedaria exterminado.» (Nota del marqués de Montchenu.)

(2) El lenguaje atribuido al Emperador en lo referente á Canuel, es muy singular, pues este general le abandonó durante los Cien Días y prestó servicio luego en el ejército de la Vendée.

(3) Estos dos nombres, substituidos con puntos, son ilegibles en el manuscrito.

de su tío, el obispo de Versalles, á quien yo apreciaba. Desde entonces, no veo para Francia otra salvación que mi hijo.

»Cuanto más reflexiono, más conturbada veo á Francia á la muerte del rey. ¿Qué ocurrirá? Sólo el tiempo puede respondernos. Entretanto, procedamos con cautela. Tengo mucho dinero, que en todo tiempo ha sido potísima palanca.»

Tratando seguidamente de la muerte del duque de Berri, dijo Montholon que el Emperador la había sentido muchísimo, y acababa el crimen á los jacobinos, «únicos enemigos temibles, por serlo de todos los gobiernos».

Con frecuencia exponía Napoleón la nueva norma de conducta que se proponía seguir en el caso de recobrar el poder. Sus nuevas teorías, enteramente opuestas á sus antiguas ideas, parecían muy prudentes á cuantos le vieron en otro tiempo persistir en muy distintos derroteros. El aseguraba que su mudanza era fruto de la meditación, pues reconocía las graves faltas cometidas, imputables en gran parte á sus aduladores, «que sólo se ocupaban en trastornarle la cabeza»... Así solía decir: «Yo era ambicioso; pero, ¿cómo no serlo cuando tan sumisos obedecían mis órdenes los de dentro y los de fuera?»

20 Julio 1820.—Otra vez el general Montholon fué á comer en casa del marqués de Montchenu, y la conversación tuvo también por pasto el estado de Francia, que era por entonces el único pensamiento de Napoleón. «Hace dos años que medita el plan de dar unidad á Francia, y ya lo tiene formado.»—El marqués instó al general para que le indicara las líneas más salientes de aquel nuevo plan, diciendo: «Prestad este servicio á vuestra patria, si no queréis pres-társelo al rey.»—Entonces Montholon se echó á reír, exclamando: «Aún sería tiempo, pero el rey no lo hará. Excepto el duque de Richelieu, á quien no conozco, el rey no tiene á nadie en sus consejos. El secreto de todo éxito consiste en adoptar una dirección y no desviarse de ella jamás. Ved hasta dónde ha llegado Inglaterra por este camino, seguido sin interrupción desde hace un siglo... Ha habido muchos ministerios, de distintas opiniones, pero la política exterior ha sido siempre la misma. ¿Por qué? Porque los reyes no hubieran consentido en el cambio.»

En cuanto á la Cámara de los Pares, dió Montholon á entender que el Emperador la creía más adicta á su persona que á los Borbones. También decía que la Cámara de Diputados «estaba llena de charlatanes, cuyos artificiosos discursos excitaban las pasiones y fomentaban las discordias... Esto es consecuencia de las elecciones y de la necesidad de reformar la Constitución». En el curso de la plática, dió á entender el general que en Longwood estaban persuadidos de que no sucedería al rey la línea directa de Luis XV. Después hablaron del ejército, y, sin disimular su desdén por la actual organización, dijo Montholon que Francia no podría ser ya potencia de primer orden, pues apenas contaba con 25.000 hombres, aparte de las guarniciones, y que si ocurriesen nuevos disturbios, intervendrían los aliados para repartirse el territorio francés como nueva Polonia. A esto replicó el marqués de Montchenu: «Me figuraba que en Longwood conocían mejor el espíritu de los franceses, que no consentirán jamás en que su país desaparezca del mapa de Europa.—¿Pero cómo resistir si no tenéis fusiles? Además, se levantarían diez banderas distintas, cada partido se cobijaría bajo la suya, y las potencias se aprovecharían del desorden para invadir el territorio.» Respondió el marqués diciendo que todos los partidos se agruparían en torno del estandarte conservador, «en espera de los acontecimientos, aunque creo que los partidarios del Emperador no estarían allí para enarbolarlo».

7 *Noviembre 1820*.—Transcurren los meses y los años sin que el comisario regio obtenga las compensaciones pecuniarias que sin cesar reclama, por la forzosa penuria de su vida en la isla. Esta amarga queja se exhala del principio de una carta suya al barón Pasquier: «¿Por qué ha de cargar sobre mis viejos hombros el más pesado, ingrato y ruin fardo, mientras que para quienes sirven en Francia son las flores y los favores?... Mi mayor azote es la falta de dinero. Os aseguro que hace seis meses estoy pagando de tres á tres y medio luises por un infeliz y escualido cordero de 30 á 35 libras, y no sé si el mes que viene lo podré comprar por cuatro luises... La estancia de Bonaparte ha duplicado el número de consumidores, pero ha impedido el arribo de buques extranjeros y anulado la concurrencia comercial. Todo nos viene de Inglaterra, hasta el combustible, una vez al año, y espera-

mos los barcos que nos lo traen con mayor impaciencia que en otro tiempo se esperaban en Cádiz los galeones.»

«... Volvamos al prisionero, de quien hace tiempo no os he hablado, porque nada de interés podía comunicar. Lleva el mismo género de vida, y, desde hace algún tiempo, da paseos á caballo y en coche, primero por su antiguo recinto, y después se alargó mucho más, hasta ir estos días pasados á almorzar en casa del ex primer miembro del Consejo, que se ha retirado al campo con su hija y yerno. Llegó á las diez de la mañana con abundantes provisiones, pero no quiso entrar en la casa y pidió una mesa y varias sillas para almorzar á la sombra de un árbol, como lo hizo, después de invitar al padre y á la hija. Bertrand y Montholon estaban descubiertos, mientras que Bonaparte permanecía cubierto, lo cual visto por el viejo magistrado, hizo lo propio sin cumplimientos. Bonaparte brindó á la salud de la señora, diciendo: «¡A la francesa!», y chocó su vaso con el de ella. Después, sea porque le disgustara la familiaridad de su huésped, ó por otra cosa, acabó por preguntar á la hija si su marido conservaba la costumbre de embriagarse todos los días... Los ingleses se escandalizaron de ver que á aquella hora comían fiambres y bebían, en vez de te, excelentes vinos, sobre todo Champaña, café sin leche y licores.»

La noticia del nacimiento del duque de Burdeos fué recibida gozosamente en Longwood. El marqués, en su estilo hiperbólico, dice que produjo mucha emoción. Lo cierto es que el Emperador dió á Montholon el encargo de felicitar al marqués por tan fausto acontecimiento. Como de costumbre, presentóse á la hora de almorzar y le dijo: «Me mandan de Longwood para felicitaros por el nacimiento del presunto heredero de la corona de Francia, pues yo no me hubiera atrevido á ello de no ordenármelo el Emperador. Sabéis que somos buenos franceses, y aunque tengamos diferentes opiniones, ponemos á Francia ante todo. Desde que nos conocemos, habréis podido advertir nuestra firmeza en este particular.» Hablaron en seguida de la nueva ley electoral, y Montholon manifestó que, á juicio de Napoleón, había fracasado, pues según la lista de diputados electos y de los departamentos en que habían de celebrarse aún elecciones, el ministerio tendría en contra de treinta á treinta y cinco votos. «Además, al renovar la Cámara de una vez, todos los miembros quedaban elegidos por cinco

años, y era mucho más difícil intrigar en toda Francia á un tiempo que en veinte departamentos. Y como al fin y al cabo todo cansa, los partidos podrían también cansarse al ver un heredero directo. Entonces, ¿por qué retenernos aquí?, añadió Montholon á manera de epílogo. Napoleón sólo desea vivir como simple particular en un rincón de tierra, del disfrute de sus rentas, porque en modo alguno querría ser gravoso á nadie. Él comprende que se tomen precauciones respecto á su persona, y encontraría natural que se le tratase como á Fernando en Valençay (1). También daría su palabra de honor, más eficaz que todos los centinelas.»

A este punto, se levantaron los comensales y dieron otro tema á la conversación, tratando de la cercana partida de la señora Bertrand, asunto del que se había hablado ya bastante en Longwood, y que, al parecer, estaba definitivamente resuelto. El mayordomo mayor había manifestado varias veces que sus asuntos particulares requerían su presencia en Francia, y que la educación de sus hijos le obligaría á pedir una licencia. Esta determinación afligió mucho al Emperador, que pesaroso veía disminuir cada año su pequeña colonia. Al efecto le representó á Bertrand los riesgos que le esperaban al volver á Francia, pues estaba condenado en rebeldía. Bertrand respondió diciendo que sin duda le amnistiarían, como á Drouot y Cambronne, á lo que Napoleón repuso: «Os engañáis. Vuestra situación no es la misma. Yo estaba autorizado para llevarme á la isla de Elba cierto número de tropas, y estos dos generales me siguieron y volvieron conmigo. Cabía no recibirlos, pero no era posible fusilarlos. Además, el rey obró con acierto, pues se ha ganado la adhesión de dos militares pundonorosos, que le servirán tan fielmente como á mí me sirvieron. No pasa lo mismo respecto de vos, que habéis ejercido funciones de ministro y firmado todas mis alocuciones, y aun publicasteis una con vuestro mismo nombre al llegar á Lyon. Natural es que por ello os persigan. Por último, habéis reconocido la sentencia dictada contra vos, desde el momento en que vuestra esposa presentó demanda ante los tribunales

(1) Sabido es que el príncipe Fernando de Borbón, hijo de Carlos IV, y más tarde rey de España con el nombre de Fernando VII, vióse obligado á firmar el 6 de Mayo de 1808 su renuncia al trono y aceptar por residencia forzosa el castillo de Valençay, en Berry, hasta la caída del régimen imperial.

franceses para obtener la tutela de sus hijos, sin protesta de vuestra parte.»

Dice Montchenu que, después de esta conversación, mostró el Emperador cierto desvío al gran mariscal, quien se recluyó en su casa sin parecer por Longwood más que á las horas de servicio. Sucedióle alguna vez no ser recibido, y, cuando lo era, apenas estaba dos horas con Napoleón. En cuanto á la señora Bertrand, iba á verle tan sólo de tarde en tarde. El Emperador, también según Montchenu, dijo por fin á Bertrand: «Partid cuando os parezca, con tal de que me aviséis tres ó cuatro días antes.»

Estos informes contradicen completamente las pruebas de afecto y estimación que Napoleón dispensaba de continuo á su mayordomo mayor, á quien había confiado su testamento, con encargo de disponer de las alhajas después de su muerte. De Bertrand ha dicho Thiers: «Aunque por la distancia que le separaba de Longwood y por la índole de su carácter, no mimaba tanto al Emperador como la familia Montholon, aquél apreciaba la noble probidad del mayordomo mayor y la alteza de ánimo de su mujer... Lejos de vituperar la determinación del regreso á Francia, le emocionó en extremo (1).»

Por lo demás, poco después de aquella conversación la salud del Emperador empezó á decaer rápidamente, hasta el punto de que sus fieles compañeros perdieron toda esperanza de que acabase de pasar el año. Esto motivó la indefinida demora de la marcha de la familia Bertrand, que Napoleón agradeció muchísimo. Pocos días después, solicitó el mayordomo mayor una audiencia para su esposa, á lo que el Emperador respondió: «No estoy en disposición de recibir á nadie. Cuando esté mejor, ya recibiré á la señora Bertrand. Decidle que le agradezco la adhesión que la ha retenido seis años en este desierto (2).»

(1) Thiers: *El Consulado y el Imperio*, t. XX, p. 688.

(2) *Id.*, p. 700